

los mejores recuerdos de la Patria, semillero inexhausto de hombres esclarecidos, gobernado hoy por un varón de espíritu elevado, amigo austero y cariñoso de sus discípulos y cuyo nombre es prez de la tierra colombiana.

ALBERTO CORADINE

EL CUENTO DEL ABUELO

Tomando el fresco á la puerta de una hermosa casa de campo estaba sentado un anciano; aunque los años habían emblanquecido sus cabellos, no habían podido quitar el color de la juventud á sus mejillas.

Miraba complacido á sus netezuelos que acababan de llegar de la escuela: el mayor, de doce años de edad, jugaba con su perro, mientras una de las niñas cogía flores para hacer un ramillete, y otra leía en un libro. Una niña, como de unos tres años, se había subido á las rodillas del anciano, y le acariciaba cariñosamente.

Después de haber jugado un rato, dijo el niño: abuelito, ¿por qué no nos cuentas un cuento?

—Sí, sí, repitieron en coro las niñas, dejando la una sus ramilletes, y cerrando la otra el libro en que parecía estar leyendo con la mayor atención.

—Sí, abuelito, refiérenos uno de esos cuentos que tú sabes contar con tanta gracia, dijo la del ramillete.

—Estoy dispuesto á complacerlos, dijo el abuelo, pero ¿qué clase de cuento queréis?

—Un cuento de hadas, respondió la niña, que justamente acababa de leer uno.

—Siempre les place á las niñas oír semejantes consejas porque están llenas de sucesos maravillosos, dijo el anciano.

—Cuéntanos algo de batallas y guerras, replicó entonces el niño.

—Sentaos aquí al rededor, dijo el buen anciano, y os contaré algo que ni tiene los portentos de un cuento de hadas, ni los horrores de las guerras y batallas.

Los niños se acercaron, y el abuelo comenzó la siguiente narración.

Hace muchos años que en la isla de Santo Domingo vivía una familia rica, poseedora de una finca con muchos esclavos y tierras, y vivía feliz porque era humana con sus negros, hospitalaria con los extranjeros y caritativa con los pobres.

Tenían los dueños de aquella finca un hijo á quien amaban como á primogénito y único sucesor de su nombre y heredero algún día de los caudales que habían allegado con el trabajo de sus negros.

Contaba el niño muy pocos años cuando una desgracia visitó por primera vez á aquella familia, privándola de la cariñosa madre. Esta, en sus últimos momentos, recomendó muy especialmente el hijo que dejaba á una negra ya anciana, que había pertenecido á sus padres, asistido á su madre en sus últimos catorce años de completa ceguera, y á quien todos respetaban, porque jamás hubo sierva más fiel á todos sus deberes. Tenía ella dos hijos; pero desde el momento que en el lecho de la moribunda ofreció atender al hijo de su ama más que á los suyos propios, se consagró exclusivamente al cuidado del pobre huerfanito.

Al poco tiempo ya el niño se había acostumbrado á mirarla como si fuera su propia madre, y bien pudo decir después, cuando llegó á ser hombre, que el cielo le había dado la más cariñosa de las madres.

Adormecíale la negra al són de las canciones de su país, y no perdonaba medios de inspirarle los mejores sentimientos, ayudándole á ello la buena índole y dócil condición del niño.

Un día empezaron á correr rumores de que los negros se habían levantado en una finca lejana, degollando á sus amos, arrasando los campos, y dirigiéndose en muchedumbre á todos los ingenios y cafetales para arrastrar consigo á las dotaciones. Pocos días después se vio venir una horda de aquellos salvajes en dirección de la finca que cono-

ceamos, y apenas tuvieron tiempo los blancos de salir en busca de refugio á las malezas y á los bosques.

Qué se hizo del dueño, nadie ha podido saberlo, y sólo puedo dar á ustedes noticias del niño y de la negra.

Apenas invadieron la finca los desalmados salvajes, la negra tomó en brazos al niño, y con más ligereza de la que consentían sus miembros cansados por los años, corrió al bosque inmediato: entróse en su espesura, y no creyendo aún seguro al aterrado niño, se fue á la orilla del mar y le escondió en una cueva.

Al día siguiente salió de su escondrijo en busca de sustento para su protegido, y continuó así por muchos días esperando que las tropas vinieran á reducir los esclavos al orden y á la obediencia de sus amos.

Un día, acercándose á una loma que dominaba la vega donde estaba situada la finca, vio los campos, las fábricas, reducido todo á cenizas, y por un negro supo que eran los salvajes dueños de todo, y que los blancos huían por millares en busca de seguridad á otras tierras.

Esta noticia la obligó á tomar una resolución, y costeando la orilla del mar llegó á un puerto donde la vista de muchos blancos la dio ánimo para acercarse y tratar de obtener informes de su amo. Todos no pensaban más que en dejar la tierra, y la buena anciana aceptó la oferta que le hizo una señora de embarcarse con ella para la vecina isla de Cuba.

No sin dolor y sacrificio se decidió la buena negra á dejar la tierra que consideraba como su patria; pero era necesario salvar la vida al hijo de su ama, y se embarcó inmediatamente para Cuba.

Durante el viaje el niño se hizo muy pronto amar de la buena señora, que tuvo por él todos los oficios de una madre y que como á hijo le acogió en su casa luégo que llegaron á la Habana. Sin embargo, no olvidó nunca nuestro niño á su cariñosa salvadora, porque bien sabía que nadie le amaba como ella.

Hablábale la negra algunas veces de la madre que él había perdido, y á ella debió el pobre huerfanito el haber

conservado toda su vida una imagen confusa de su buena madre y un débil recuerdo de los primeros años de su infancia.

Jamás salió de los labios de aquella anciana palabra que no fuese santa y de provecho para el niño; palabras que formaron su carácter, y que después, ya hombre, tuvo muy presente en las circunstancias apremiantes de su vida.

Enseñóle á tener fe, y á dejar siempre lo futuro al cuidado de una sabia Providencia.

Cuando el niño comenzó sus estudios de colegio, se complacía la buena anciana en ver sus adelantos, ó á lo menos le escuchaba atentamente cuando hablaba sobre los nuevos conocimientos que adquiría.

Así pasaron unos pocos años, y la anciana bien sabía que ya había vivido demasiado.

Hijo mío, solía decir al niño, de un momento á otro has de perderme, y entonces...., Dios sabe lo que será de ti. Solo, en un mundo que no conoces todavía, ¿quién sabe la suerte que te aguarda! Tal vez tendrás que sufrir mucho en este mundo; pero nunca te abandones á la desesperación, y recuérdala que vela sobre ti una Providencia que siempre te ha amparado y protegido.

Entristecíase el pobre huérfano porque bien se le alcanzaba que de un momento á otro debía esperar uno de los más tremendos golpes que puede sufrir el corazón humano.

Un día, viendo que la buena anciana tardaba en salir de su cuarto más de lo que tenía de costumbre, entró en él para despertarla, ó inquirir la causa que la tenía en cama hasta tan tarde. Púsose á llamarla, y como no recibiese respuesta, se acercó al lecho para sacudirla del profundo sueño en que la creía sumida.... Era en vano.... ella dormía el sueño de la muerte....

Aquí corrieron lágrimas por las mejillas del abuelo; los niños también lloraron, y después de una breve pausa, terminó así el narrador:

Desde entonces, el joven, no ya el niño, viajó tierras, sufrió naufragios, padeció todo linaje de males; pero nunca le faltó la protección del Cielo, y ha vivido lo bastante para contar á sus nietos la historia de los años de su infancia.

Miraban los niños á su abuelo con los ojos arrasados en lágrimas: todo aquel día estuvieron tristes, y soñaron aquella noche que la buena anciana desde el cielo les enviaba su bendición.



Discurso leído en el Paraninfo de la Universidad de Barcelona

EN LA NOCHE DEL 9 DE MAYO DE 1908, EN LA SESIÓN DEDICADA Á HONRAR LA MEMORIA DE D. MANUEL MILÁ Y FONTANÁLS, CON LA INAUGURACIÓN DE SU BUSTO (1)

Excelentísimos señores, señoras y señores:

Pocas veces he experimentado una contrariedad más penosa que la de hoy, al no permitirme un percance accidental de mi salud, contribuir al solemne homenaje que la Universidad de Barcelona dedica á D. Manuel Milá y Fontanáls, á aquel sabio tan insigne como modesto, gigante de cuerpo y de espíritu, y más rico de sentencias que de palabras; á aquel varón justo y sacerdote abnegado del saber, que formó parte de su Claustro, para dejar en él perpetuamente grabado su recuerdo. Yo no tengo que manifestar una vez más la veneración profunda que siento y he sentido siempre por el que fue mi inolvidable maestro. Me bastaría la consideración de haber sido su inmediato, aunque indigno, sucesor en aquella cátedra "donde cada palabra suya era un pensamiento y cada pensamiento una revelación."

Hace años que á falta de otros méritos, le consagro desde ella un culto tan lleno de admiración como entusiasmo,

(1) En esta sesión solemne el insigne escritor D. Marcelino Menéndez y Pelayo leyó una larga semblanza literaria del que fue su inolvidable maestro D. Manuel Milá y Fontanáls.

